

## DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES DE CHILE, LUIS MAIRA

"Señor Rector, señores profesores, compañeros universitarios y especialmente compañeros del primer año:

Bienvenidos a la Universidad. Una vez más, como en años anteriores, este acto de inauguración del año académico, coincide con la culminación de un ciclo de conferencias y foros que la Federación de Estudiantes organiza como una manera de despertar inquietudes por algunos problemas importantes de nuestro país y nuestro tiempo. Hemos querido, de esta manera, integrarles al diálogo permanente y respetuoso que se efectúa tras la búsqueda de la verdad como la expresión más elevada de la misión universitaria. Quedan ustedes, desde este instante, incorporados al gremio de los estudiantes, a su lucha y sus trabajos, para alcanzar días mejores para la Universidad y para Chile. Esperamos contar en los Centros de Alumnos y en la Federación misma, con la expresión de vuestras inquietudes y vuestro aporte, para que mediante la permanente renovación de las generaciones que se desplazan, pueda nuestra institución, seguir permaneciendo siempre joven.

Pero este acto tiene, también, otra fundamental significación. Representa la oportunidad excepcional que tenemos los dirigentes universitarios de disponer de esta tribuna ilustre y libre y presentar así lo que podríamos denominar "La Orden del Día" del movimiento estudiantil. Y este año, por diversas circunstancias, nuestro trabajo será dar nueva forma a la aspiración proteica y mil veces intentada por los estudiantes de nuestro continente: La reforma universitaria. Hemos querido aprovechar la propicia coyuntura que significa la discusión del Proyecto de Nueva Ley Orgánica para la Universidad, y el posterior examen de un Estatuto Orgánico para promover la elaboración de un programa que concrete las aspiraciones que desde hace un buen tiempo existen entre los estudiantes de la Universidad.

Queremos esta mañana, con el ánimo de motivar una primera discusión, efectuar algunas digresiones en torno a un tópico que resulta fundamental en el planteamiento del problema: es el que se refiere a las relaciones entre las tareas de la Universidad y el desarrollo nacional pues tenemos la fundada convicción de que la renovación universitaria está profundamente vinculada al proceso de sustitución de las estructuras, que en esta hora hacen crisis en nuestro continente. En efecto, el destino de la Universidad y sus labores es el de una comunidad comprometida. Institución,

dentro del sistema de instituciones de una sociedad, la denominaba con singular justeza el profesor Félix Martínez Bonatti, comunidad espiritual insertada en el seno de una comunidad nacional y solidaria de su presente y su futuro. Por eso, a lo largo de la historia ha sido la realidad del medio social en que actúan y el sentido de la época en que viven, lo que ha definido y precisado la misión fundamental de ella. De ahí también, que cada vez que la Universidad se ha apartado de ese imperativo, ha sido incapaz de cumplir eficientemente su papel.

Esta situación es la que determina la imposibilidad y la inconveniencia de utilizar en el enfrentamiento de nuestra realidad universitaria, estudios, estructuras y planteamientos que, en otros lugares y en otras épocas, han tenido plena vigencia y aceptación y, fundamentalmente, la que nos obliga establecer, como exigencia previa de nuestras indagaciones, una realidad condicionante de su acción, de características comunes. Es de este modo, y no por un capricho o por un sentimiento, como se llega a la conclusión de nuestro campo de actividad y descuido es el de la universidad latinoamericana, la que como lo han acreditado numerosos ensayistas e investigadores, existe como una categoría abstracta superior, de la que cada una de nuestras casas de estudios no son sino expresión concreta y particularizante.

Por eso también, no debe producirnos sorpresa el fenómeno histórico, que la universidad latinoamericana nos muestra etapas que bajo diversas denominaciones, según sea el estudioso que las analiza, presenta divisiones comunes en la oposición dialéctica de la universidad colonial de inspiración hispana, la universidad independiente de connotación europeizante y napoleónica y la universidad reformista que, con mayor o menor fuerza, se expresa a lo largo del presente siglo. Igualmente eso nos explica las características también análogos del movimiento estudiantil, muchas veces irreflexivamente tributario del ideario sostenido por el movimiento reformista de Córdoba. Del mismo modo, esa situación es la que nos lleva a pensar en la urgente necesidad de formular un nuevo pensamiento, que impulse la acción de los estudiantes universitarios de trascendencia continental, y que permita ajustar nuestra acción a las nuevas realidades y posibilidades de la América Latina.

Pensamos nosotros, que el manifiesto universitario de 1918 fue la expresión romántica del movimiento estudiantil que recién en sus inicios, se sentía impotente

e inmaduro para enfrentar la lucha por la transformación de las estructuras nacionales, y remediar la miseria que aplastaba nuestros pueblos. De ahí que represente un volcamiento de los estudiantes hacia dentro de la Universidad, para producir en el seno de ella las transformaciones y el cambio que no se podía efectuar en el país. La afirmación de uno de sus grandes pensadores, Gabriel del Mazo, cuando sostiene que la Universidad es una República de Estudiantes, deja traslucir claramente el ánimo beligerante y competitivo con que se enfrentaba a los restantes órdenes universitarios, y fundamentalmente a sus autoridades. Por otra parte, sus principales banderas de lucha, cátedra libre, juicio académico, asistencia libre, desprofesionalización de la Universidad, metodología activa, autonomía y cogobierno, si bien resultan formulaciones indispensables para su época, dan pruebas, igualmente fehacientes, del contenido independiente y, en cierta medida autárquico, que para ellos tenía el proceso de la reforma universitaria respecto de una transformación de la realidad nacional. Y si bien se postulaba igualmente la necesidad de la extensión universitaria, resultaba claro el análisis de conjunto, que no se comprendían cabalmente las relaciones entre universidad y sociedad, hoy en día aceptadas en sus recíprocas y vitales interferencias de modo tan uniforme. No debe extrañar en consecuencia, que valorizando en su significación histórica el movimiento de Córdoba tengamos nosotros como punto de partida, otro espíritu y otros presupuestos, que la expresión del Manifiesto Liminar de los estudiantes argentinos de 1918. Cuarenta y cinco años de evolución nada quietas y de fructíferas experiencias, han determinado muchas transformaciones: han hecho que la rebeldía generosa de ayer se convierta en objetiva y fundamentada conciencia de transformaciones; que la revolución de concepto subversivo que era en el pasado, se haya convertido en una idea precisada y aceptada por la gran mayoría de los universitarios, y en concepto riguroso e insustituible en la cátedra y los estudios especializados; que la miseria, otrora considerada como un mal inevitable, haya sido erradicada en pocos años, por el ascenso de los países que el economista sueco Gunnar Myrdal denominó con precisión, como la humanidad sumergida; que frente al subdesarrollo se sitúen una ciencia y una técnica de la programación, que hacen del desarrollo universitario un esfuerzo sujeto a rendimiento y medición; que países que ayer se debatían en el colonialismo y la dependencia, surgieran a la libertad en todos los puntos de la tierra, para buscar por medio de una política propia, un mayor bienestar y dignidad para sus pueblos; que, por último, aquella universidad encastillada y aristocratizante que ellos combatieron, por el auge y el desenvolvimiento

de las ciencias sociales y el desarrollo portentoso de las ciencias naturales y exactas, y de la tecnología se haya visto en la imperiosa e ineludible necesidad de vincularse al medio social.

Todo esto, y mucho más ha presenciado la humanidad en estos apurados, decisivos y fecundos cuarenta y cinco años. Sin embargo, en medio de esta revolución universal del bienestar y entre las pocas naciones que quedaron a la zaga, se contaron también, sin excepción, los veinte países de Latinoamérica. Todavía ellos preservan para sus hombres: la mortalidad infantil, la desnutrición y el hambre (las enormes manchas negras del hambre sobre nuestros mapas humanos que ha podido describir el médico y sociólogo brasileño Josué de Castro), la carencia de viviendas y condiciones mínimas de salubridad; el analfabetismo y la deserción escolar, la cesantía o la ocupación disfrazada; todavía conservan estructuras económicas monoproducentes y dependientes, estructuras políticas muchas veces inmaduras y estructuras sociales impermeables y cerradas. ¿O acaso todos estos no son hechos sociales que condicionan la tarea universitaria?

Y, permítasenos dejar establecido que la vinculación con estos aspectos salientes de nuestra realidad, no pueden significar, como a algún observador superficial pudiera antojársele, el que la Universidad asuma una tarea política contingente o vinculada a la actividad política partidista. Pensamos, sencillamente, que la proyección real del subdesarrollo toca a la Universidad de manera distinta, y le impone tareas también diferentes que a otros grupos de expresión, que éstos no deben interferir, a riesgo de desnaturalizar esta tarea. Por esto es que los estudiantes hemos defendido en integridad el principio de la autonomía universitaria, porque creemos que es ella misma, la Universidad, la que debe decidir si cumple o no con el papel histórico a que en este momento está llamada.

Igualmente, por estas razones, dentro de la comunidad universitaria, queremos expresar nuestra inquietud por la exigüidad del aporte que, hasta este instante se ha efectuado respecto de la realidad nacional y decir que deseamos que la Universidad, por su naturaleza intrínsecamente social, no vaya a ser una institución desertora de una realidad que la necesita, sino que, dentro del desenvolvimiento de sus grandes actividades, la docencia, la investigación y la difusión de las letras, las ciencias y las artes, pueda contribuir a la transformación de una realidad social que hace de América Latina el continente de dolor y la esperanza. Que no vaya a ocurrir, como algunos ya lo temen, que la Universidad, por no actuar con oportunidad, a pesar de comprender la urgencia y la necesidad del cambio, vaya a tener que comprobar dolorosamente, más adelante, que

alcanzar las puertas de una escuela universitaria fuera el comienzo de una definitiva liberación y que ya no debiéramos responder de nuestros actos y de nuestras vidas ante nada y ante nadie. Sin embargo, no es así. Ser universitario impone, como hemos tratado de mostrarlo, la difícil responsabilidad de tomar entre las manos parte importante del destino de nuestra patria y de sus hombres.

Porque hay tareas que sólo de la Universidad pueden requerirse y porque cada universitario tiene el deber ineludible de vaciar su propia formación sobre el medio social que posibilita su perfeccionamiento. No por repetido pierde fuerza el argumento de que los cinco, seis o siete años que durará vuestra permanencia en esta casa representará como promedio un desembolso superior a veinte millones de pesos para la comunidad chilena. De modo que deben despojarse de la convicción de que sólo se deben a ustedes y sus inteligencias para formarse y desplegar todos los esfuerzos pensando en la sociedad que pone en ustedes sus ojos cargados de esperanza. A las autoridades encargadas del gobierno universitario queremos reiterarles que nos sentimos parte integrante de una comunidad universitaria que nos estimula y nos comprende y que anhelamos cada día más perfecta, especialmente quisiéramos señalar la comprensión, generosidad y apoyo que hemos encontrado en el señor Rector de la Universidad, cuyo espíritu progresista compromete desde ya el reconocimiento permanente del movimiento estudiantil.

Emprendamos, pues, nuestras discusiones y estudios

como el intento de formular, con el aporte de todos los sectores del pensamiento que participan en nuestra Federación, un ideario que expresaremos en el seno de la Universidad y trataremos de realizar a través de ella. Lo hacemos como una forma de expresar nuestro cariño y gratitud a esta Universidad de Chile de cuyo futuro somos parte. Nos mueve el anhelo de que ella pueda hacer cada día más efectiva, para sus estudiantes, la afirmación del filósofo y pedagogo alemán Eduard Spranger de que "la tarea de la universidad es enseñar a vivir"; igualmente nos anima la esperanza de mejores días para América Latina y nuestra patria, que pueden encontrar en la Universidad los estudios y los planes que hagan el diagnóstico de nuestras estructuras y la prospección de nuestros recursos, alcanzar el conocimiento de la realidad latinoamericana que nos permita restaurar nuestra unidad espiritual, obtener del esfuerzo de nuestros investigadores una adecuada tecnología para el desarrollo y reencontrarnos con el sentido de solidaridad y acción común de las universidades del continente muchas veces perdidos.

Quisiéramos terminar haciendo nuestras las palabras de la Convención de Estudiantes de Derecho de 1962 que resumen nuestras inquietudes: "La Universidad puede ser un factor de progreso o retroceso en el avance de un grupo humano. Los estudiantes, elemento vivo y presente en la comunidad espiritual de nuestra Universidad, tenemos que hacer de ella una herramienta puesta al servicio de Chile, de su pueblo y de su porvenir".